

ROCK *SOFÓCLEO* TRANSGRESIVO

Algunos acordes sobre
El saber del error. Filosofía y tragedia en Sófocles de Rocío Orsi

ANA CARRASCO CONDE

UCM

RESUMEN. El texto propone un diálogo alternativo con la obra de Rocío Orsi *El saber del error* para localizar y analizar los conceptos principales desarrollados en su obra, así como para identificar los puntos que marcan el desarrollo de su pensamiento.

ABSTRACT. The text proposes an alternative dialog with the work of Rocío Orsi *El saber del error* to locate and analyze the main concepts developed in her work, and also to identify the points that mark the development of her thought.

PALABRAS CLAVE. Rocío Orsi; Sófocles; tragedia; posibilidad del bien; rock&roll.

KEY WORDS. Rocío Orsi; Sophocles; tragedy; possibility of good; rock&roll.

A Rocío

Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1171b

En torno al año 2004 Extremoduro publicó el que sería su primer álbum de recopilación, compuesto no por un simple acopio de viejos temas, sino por nuevas grabaciones de sus grandes canciones, desde sus comienzos, allá por 1989 con su disco *Rock transgresivo* hasta el 2002 con *Yo minoría absoluta*: 13 años de música y más de sesenta canciones. A nadie que hubiera escuchado a Extremoduro y se hubiera dejado llevar, por ejemplo, por los ritmos guitarreros de “Sucede” o “El día de la bestia”, le pudo pasar inadvertida esta selección de temas, regrabados y retocados, que dejó en 15 las canciones que resumían la trayectoria musical y vital del grupo. El álbum llevó por título *Grandes éxitos y fracasos*. Y de fracasos y errores y del aprendizaje de lo que en ellos podemos encontrar tiene mucho que decir *El saber del error* que si bien no analiza a través de música rock extremeña las hondas consecuencias de un grave error (*hamartía*) y la posibilidad del aprendizaje (*mathesis*) en torno a la representación (*mimesis*) de un conflicto en el seno de la polis, sí ve en la tragedia griega, en especial en la de Sófocles, una forma de aproximarse, a través de la literatura, a la enseñanza derivada de los conflictos prácticos que en ella se representan, pero lo hace, por cierto, a ritmo de rock. Un rock de cuño sofócleo el de Rocío, que

será, como en el caso del primer disco de Extremoduro, transgresivo: esto es, que quiebra las leyes de la compartimentación del saber y hace de la tragedia de Sófocles no un lugar para el análisis filológico, para el comentario textual o para el disfrute estético, sino de manifestación de aquello que puede decirnos algo como filósofos: “la tragedia pone en marcha una representación que tiene una relevancia moral porque escenifica un contexto de deliberación y acción humanas” (p. 13). Y así precisamente, sobre esta transgresión comienza Rocío Orsi contextualizando su aportación: Whitman, Knox o Kirkwood han encontrado materia de reflexión en Sófocles en torno al *éthos* heroico o al análisis psicologista de los héroes, e incluso, en un ámbito más general, autores como Martha Nussbaum, Hillary Putman o Stanley Cavell han llegado a sostener no sólo que la literatura es una forma de filosofía, sino a la inversa que la misma filosofía es una forma de literatura que permite, través de la pluralidad de miradas, aprender –y parece aquí, en las primeras páginas el concepto clave de la propuesta de Rocío Orsi– aprehender “el carácter inconmensurable del bien” (p. 28). De transgresiones y del bien trata *El saber del error*.

La aportación de Rocío como filósofa, que comienza con esta primera obra publicada en 2007, tiene que ver con una reflexión tanto teórica como práctica sobre el bien, de lo que es justo en el seno de la comunidad y que ha de vérselas con multitud de situaciones adversas e incluso trágicas, pero también con una teorización del mismo. No en vano, las conclusiones de Rocío la llevarán a sostener la necesidad de reunir filosofía práctica y teoría del conocimiento (p. 386). En este sentido la tragedia de Sófocles y la condición trágica que allí se representa constituyen el escenario más adecuado para comenzar a elaborar una reflexión sobre el bien como praxis y proceder a su teorización. Y ése sera su compromiso como pensadora: “pretendo que esta obra constituya una investigación filosófica y no una interpretación o una crítica literaria: por eso en lo que sigue me comprometeré, o comprometeré a Sófocles, con un conjunto de tesis relativas a la concepción de la naturaleza humana, del bien para el ser humano y de la vida que merece ser vivida. Es decir: me comprometeré con una tesis comprensiva sobre el bien y la virtud presente en cada una de las tragedias que son objeto de análisis” (p. 31). Por lo dicho, Rocío Orsi es y será siempre una filósofa preocupada por la práctica del bien y de la virtud y de sus condiciones de posibilidad.

Para hablar de este “Rock sofócleo transgresivo” que compone Rocío Orsi en *El saber del error* y analizar sus grandes temas (sus tesis vertebradas en su libro en torno a 7 capítulos y una conclusión), tocaré algunos acordes para recuperar su música, pero siguiendo no las tragedias de Sófocles, sino los *Grandes éxitos y fracasos* del álbum del 2004 de Extremoduro, compuesto por estas 15 canciones a la que he hecho mención anteriormente.

Por lo dicho 2004 no es sólo un año en la que Extremoduro sacaría este recopilatorio, sino también los años en los que se estaba componiendo otra letra con otros acordes, pero con la misma fuerza y un mismo ritmo: su tesis doctoral leída en el 2005, *Ti Chre Poein. Pensamiento y acción en Sófocles*, texto que sentaría las bases de *El saber del error*. Una confluencia, pues, pero no aleatoria, que hace que *El saber del error* deba ser entendido como una representación de las preocupaciones filosóficas y vitales de Rocío en torno al bien, que aunque se visibiliza en la escritura de un texto académico consagrado a tal fin, presenta en su textura otras dimensiones no explícitas que tienen que ver con lo que lee la autora, cómo lo lee, con lo que escucha y lo que hace con lo que escucha (y escucha a Extremoduro y a Los Suaves) y las notas que percibe en la búsqueda que le impone su oído filosófico. Ni ustedes ni yo, ni tampoco la propio Rocío aceptarían –y parafraseo aquí a la autora– que Extremoduro sea filosofía, pero desde luego sí puede hacerse filosofía escuchando a Extremoduro. Un extraño maridaje, sin duda, que hace que las canciones de este grupo de rock puedan ser escuchadas desde una dimensión de representación (*mimesis*) de un error vital (*hamartía*) en un contexto social que muestra un fracaso, un error, una equivocación sobre el que puede reflexionarse: los problemas de clase (el chapista, el madero, el ministro, el minero, el banquero: tipos humanos, por decirlo con el Aristóteles de la *Poética*, que dan cuenta de una determinada problemática, como encontramos en “La canción de los Oficios” o “Jesucristo García”), los conflictos del corazón o sociales, como los derivados de las drogas, pero también canciones que son representación de la amistad (“Pepe Botika o dónde están mis amigos”) o de lo que es realmente importante y que han de escuchar “las mentes social-adormecidas” (“Ama, ama, ama y ensancha el alma”).

En las canciones de Extremoduro, como en las tragedias de Sófocles, se encuentra una problemática, sino no parecida, sí aproximada: allí donde el autor trágico representa una obra en la que la ciudad ve un reflejo de sí misma, el roquero de Extremoduro escupe algunas verdades, pero lo hace del tal modo que pueda vender discos (y, al comienzo de su carrera, por cierto Extremoduro tuvo serias dificultades para prosperar por su ferocidad), del mismo modo, el autor trágico quiere ganar concursos y ganarse la vida. Por eso que escuchar estas canciones implica también un ejercicio, como el que se hacía en las representaciones de la tragedia en opinión de Rocío, en el que la sociedad se piensa a sí misma a través de una “mirada cívica” que examina la polis.

Rocío Orsi escucha a Extremoduro *cívicamente*: si tras la representación de las tragedias “nada queda como estaba” (p.20), escuchar las “imágenes sonoras” de Extremoduro no nos deja indiferentes. Rocío Orsi tiene razón: volver a Sófocles es una tarea del todo actual porque el problema es cómo una sociedad

puede pensarse y construirse, cómo puede conocerse, cómo aprender de sus errores, cómo saber qué puedo hacer y qué debo hacer, en definitiva cómo se puede actuar respondiendo a lo justo y a lo bueno empleando adecuadamente nuestra libertad. Lo mismo harán las canciones de Extremoduro. Si la atención del poeta trágico es la tensión entre el poder de la comunidad y el poder del individuo o de la familia, lo masculino o lo femenino, lo humano frente a divino, la traición, el crimen, la verdad o la ley (p.52), encontramos una aproximación a estos temas, desde otra perspectiva, por supuesto, en “La canción de los Oficios”:

“En mi casa no hay dinero, me lo como con los dedos.
 Paso costo tocho y bueno, me persiguen los maderos.
 En mi casa sí hay dinero, traficando barcos llenos.
 Soy muy listo, me administro, a tu costa soy ministro.
 En mi casa no hay dinero, gano poco, soy minero.
 Me la juego, día a día muero; me apalean si me quejo.
 En mi casa sí hay dinero, cuanto más tengo, mucho más quiero.
 Mato y robo cuando puedo, nunca lloro, soy banquero.”

O “En la vereda de la puerta de atrás”

“Y muere a todas horas gente dentro de mi televisor ;
 quiero oír alguna canción
 que no hable de sandeces y que diga que no sobra el amor
 y que empiece en sí y no en no.

No serán pocas las veces que escuchemos la acusación de que la música heavy o el rock duro poco pueden aportar a la educación de los adolescentes, que es música que incentiva las malas prácticas y lleva a un desenfreno que alimenta las pasiones más bajas del ser humano; que es, pues, perjudicial a nivel moral, que conduce a un estado de ignorancia frente a otro tipo de música más noble... pero ¿no era ésta acaso la crítica de Platón contra los poetas? ¿no eran éstos los (malos) educadores de la ciudad? Platón más allá de la crítica que aparece en la *República*, como nos hace ver Rocío Orsi, marca en las *Leyes* los patrones que debe seguir el poeta a través de una revisión de la convención literaria vigente como parte de su programa ético-político. Como el problema radica principalmente en que “los poetas retratan el peor perfil del hombre, su imagen cuando está dominado por su parte más irracional y sensible” (p. 389), Platón aceptará en Magnesia a los poetas siempre y cuando compongan himnos a los dioses y encomios a los hombres buenos (607a), que formen al individuo en la creencia de que la justicia es causa de bien y placer y la injusticia de mal y dolor (662b-c), que guíen, en definitiva, al hombre hacia la virtud (812b-c). Es decir, acepta

que la poesía es un poderoso instrumento para la formación de la virtud ciudadana (664b). Es justamente este planteamiento de las *Leyes*, que modifica la crítica feroz de la mimesis como degradación del mundo sensible (la copia de la copia) que aparece en la *República*, lo que da pie a Rocío a interpretar de otro modo la poesía (y las canciones de Extremoduro): “La respuesta que un filósofo contemporáneo podría ofrecer a la objeción epistémica que Platón hace al arte *imitativo* podría inspirarse en las tesis constructivistas sobre el arte y el conocimiento, y esta es, de alguna forma, la visión que quiere sustentarse en este libro [...] si en Platón la crítica epistémica conllevaba una condena moral a la poesía, lo que ahora se tratará de hacer es rehabilitar, con el mismo movimiento, no solo su valor epistémico sino también y sobre todo su valor moral” (p.395). Para Rocío, siguiendo en esto a Paul Ricoeur, el teatro no es un mundo falso, sino otro mundo que forma parte de un marco cultural concreto. (Re)presenta por ello un modelo para describir y comprender nuestro mundo desde cierta distancia. La música de Extremoduro hará la misma labor: presentarnos otra perspectiva *simplificada* de nuestro mundo que ayuda por ejemplo a visibilizar minorías — al igual que la tragedia hace hablar a las mujeres, sujetos sin poder en la polis (p. 14)—, posibilita la reflexión por el *alejamiento* existente entre la canción y la realidad, representa un mundo, como en la tragedia, “que transforma en el ejercicio mismo de representarlo” (p. 397) y lo hace con ironía, con la transgresión de un supuesto elemental que posibilita lo inesperado y desautmatiza nuestra vida epistémica (p. 400). Con ello se produce un re-extrañamiento del mundo en la estructura narrativa que, mediante el empleo de la dimensión verbal y la atención en las anomalías, abre otro mundo posible desde el que pensar y auto-comprendernos. Simplificación, distancia y deformación, ironía, re-extrañamiento del mundo, pluralidad y mundos posibles, metáfora, estructura narrativa, proyección e interés por las anomalías serán, al decir de Rocío, los dispositivos literarios que constituyen un instrumento para la autocomprensión (pp. 397-410). Las grandes mentiras son, pues, medios para construir grandes verdades y por eso, cuando escuchamos y escuchamos atentamente que

“Hay que dejar el camino social alquitranado
 porque en él se nos quedan pegadas las pezuñas
 hay que volar libre al sol y al viento
 repartiendo el amor que tengas dentro.”

Amamos y se nos ensancha el alma. Y ésta es la gran lección que en esta obra nos deja Rocío Orsi: que el bien es también posible y lo es por el uso que se le dé a la libertad: “Una libertad que, en definitiva, consiste en crear alternativas a la realidad que se le impone como dada” (p. 415).